

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **49**
Volume

Número **1**
Number

Enero-Febrero **2006**
January-February

Artículo:

Editorial. Eutanasia y bioética

Derechos reservados, Copyright © 2006:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



Editorial

Eutanasia y bioética

Manuel Quijano

Los avances sobre genética y genómica son impresionantes y no puede uno menos que pensar que dentro de 30 años la medicina será poderosísima y sus armas se emplearán más en profilaxis que en terapéutica, pues nos dicen que los médicos serán capaces de descubrir susceptibilidades de los individuos a alérgenos, bacterias, virus, deficiencias en defensas, propensión a las enfermedades degenerativas, y los únicos que seguirán teniendo ocupación serán los “cuidadores de la salud” (los molestos “físico-culturistas” que no variarán sus sermones sobre la necesidad de llevar “una vida de estilo sano” y permiten involuntariamente que los comerciantes generen y publiciten hasta el fastidio, medicamentos supuestamente reductores de peso, aparatos para fortalecer músculos etc.), los traumatólogos y los cirujanos plásticos o estéticos. Los internistas y gran parte de los cirujanos tendrán que reconvertirse en lo que eran los médicos de principios del siglo XX (magníficos médicos) que eran consejeros de toda la familia y gracias a su personalidad, autoridad moral, maneras pausadas y conciencia de su poder, trataban todo como si fuera de origen psicológico; claro, ahora podrán y deberán emplear la rica y eficaz farmacopea de cada país. Los que no quieran, o no sepan o no puedan actuar así, tendrán que refugiarse en los “laboratorios de investigación” de fisiología para saber cada vez más *teóricamente* de las ciencias de la vida, que no de medicina, y con escasas aplicaciones prácticas.

Por otra parte, la población envejece y el por ciento de mayores de 65 años crece exponencialmente, lo que constituirá pronto una nueva carga económica para todos los países, una de cuyas facetas será la atención hospitalaria o domiciliaria de las personas en estado terminal de sus padecimientos. Y aquí también, en forma tangencial se planteará con mayor frecuencia, el asunto de acortar el sufrimiento de esos pacientes y, *a su petición*, aplicar las medidas que se conocen como suicidio asistido o eutanasia activo-pasiva. Por ello, en varias naciones se ha discutido en el más alto nivel ético-jurídico, la permisibilidad legal de tales conductas.

En los años cincuenta del siglo pasado se glosó ampliamente sobre lo que se llamó el “encarnizamiento terapéutico” que coincidió con el nacimiento de la especialidad de los “intensivistas” y las salas de cuidados especiales. Con el tiempo creo que se ha logrado una moderación en la lucha sostenedora de la vida por medios extraordinarios, lo que el propio Papa Pío XII admitió diciendo que el Derecho Canónico no estaba en contra de suspender esos medios cuando el mé-

dico considerara que debía hacerse. Nadie intenta llamar eutanasia a esa conducta, pues sólo se abstiene el médico de aplicar medidas artificiales de sostén de ciertas funciones corporales.

En 1970 el oncólogo norteamericano introdujo el término Bioética para una nueva disciplina en que se combinaban conocimientos biológicos con el sistema de valores humanos, pero tan amplia que se encargaba de los problemas éticos planteados por todas las ciencias de la salud y requería la participación de médicos, abogados, filósofos y teólogos. La ética, parte de la filosofía que, al aplicarse se torna en “moral”, tiene que reconocer que las diversas ideologías, creencias, posturas filosóficas etc. convierten en “relativas” las nociones de bueno, malo, debido o indebido.

Ahora, al revivirse la discusión, por ser frecuente la petición por parte de enfermos o sus familiares de una conducta más activa para aliviar el sufrimiento innecesario de pacientes desahuciados, buscan vehementemente hacerse escuchar los practicantes de religiones conservadoras, principalmente cristianas, y se oponen en forma terminante a cualquier posición permisiva. Pretenden apoyarse en la bioética, esa disciplina interdisciplinaria que, por definición es ajena a creencias, religiones y estructuras ideológicas, pero de la que se deriva una posición moral que se dice está basada en la propia libertad del hombre y que, por ello mismo, lo hace responsable de sus actos. El argumento más contundente lo expresan diciendo que todo ser humano tiene, por intuición, una noción de la dignidad del hombre, valiosa, buena y positiva, diferente de la de todos sus compañeros biológicos, colocados en un nivel inferior de la escala. Y que esa dignidad le da un valor particular a la vida humana pues procede del hecho de haber sido creado “a imagen y semejanza de Dios”... para lo cual se necesita ser creyente.

Pero es difícil conceder a esa dignidad un valor absoluto, ya que los valores morales han cambiado en la historia de la humanidad con las distintas y evolutivas culturas. Claro está, la vida debe ser respetada en el margen más amplio que sea compatible con la propia existencia —la vida de los seres humanos y de todas las especies animales, y del ecosistema—, lo que implica que hay situaciones de excepción: la autodefensa, la guerra “justa” y tal vez situaciones muy particulares en que esté en peligro la salud pública. Y, asimismo, las situaciones de gran sufrimiento en la proximidad de la muerte natural.

En varios países europeos se ha legalizado ya la práctica del suicidio asistido y se ha reglamentado la eutanasia activa para ciertos casos, dejando claro la calidad de la situación que debe estar presente, la participación de cuando menos dos médicos, el consentimiento firmado por los familiares y algún otro testigo del ámbito legal o religioso.

A la generación del 37-43 sobrevivientes

La generación 1937-43 celebró recientemente el 62° aniversario de su recepción y un miembro repartió entre los asistentes las siguientes reflexiones:

“Somos anteriores a la televisión, a la penicilina, a la vacuna contra la polio, los alimentos congelados, las máquinas contra la polio, los alimentos congelados, las máquinas copiadoras, el fax, la computadora, los plásticos, los lentes de contacto y la píldora.

Nacimos antes del radar, la bomba atómica, las tarjetas de crédito, el rayo láser y los bolígrafos; vivimos antes de que hubiera pantimedias, lavadoras de platos, secadoras de ropa, cobijas eléctricas, aire acondicionado, hornos de microondas, *polaroids* y ropa “*wash and wear*”.

Nosotros, nos casábamos PRIMERO Y DESPUÉS vivíamos juntos ¿Nos quieren más anticuados?

En nuestros tiempos, las conejitas eran unos animalitos, y las cucarachitas no eran Volkswagen; jeans, solíamos decirles a las Juanas; y tener una relación íntima, significaba tener una gran amistad. No se viajaba en jet, ni se soñaba con la guerra de las galaxias, y el hombre sólo había caminado en la luna de las novelas de Julio Verne.

Cuando nacíamos, los papás no cambiaban pañales, ni cocinaban, ni planchaban y la educación sexual, sólo se limitaba a que los bebés venían de París traídos por la cigüeña.

No había mujeres peluqueras ni peluquerías unisex. No se hacían citas, ni matrimonios por computadora, ni tampoco había guarderías de niños, terapias de grupo, ni traumas, ni hogares de ancianos. No se hablaba de FM, máquinas de escribir eléctricas, corazones artificiales, grabadoras, videos, procesadores de palabras ni de alimentos, condominios, ni se veían hombres con aretes. No existían los McDonald's, las pizzerías, ni el café instantáneo.

De niños íbamos a las tiendas con 5 ó 10 centavos a comprar cosas; por 10 centavos viajábamos en tranvía, hacíamos llamadas telefónicas, tomábamos un refresco o comprábamos timbres de correo suficientes para una carta y dos postales, y por un centavo adquiríamos dos caramelos, chicles o una tacita de café. Podías comprar un auto pequeño por 600 dólares, pero ¿quién podía afrontar el gasto?

Era una lástima porque la gasolina valía alrededor de 20 centavos el litro.

En nuestros días, fumar un cigarrillo era elegante; la yerba se cortaba, no se fumaba. La salsa se comía, no se bailaba. La coca se tomaba, no reinyectaba. Sida no significaba nada y AIDS en inglés era un ayudante de oficina.

Conocíamos la diferencia entre los sexos, pero a nadie se le ocurría cambiar de sexo; nos conformábamos con el único que teníamos.

Y viéndolo bien..... ¡no la pasábamos mal!

¡Muchas felicidades!”

Aportación de Enrique Gutiérrez Murillo
22 de octubre de 2005